

# Romance de Abenámar

—¡Abenámar, Abenámar,  
Moro de la morería,  
el día que tú naciste  
grandes señales había!  
Estaba la mar en calma,  
la luna estaba crecida,  
moro que en tal signo nace  
no debe decir mentira.  
Allí respondiera el moro,  
bien oiréis lo que diría:  
—Yo te lo diré, señor,  
aunque me cueste la vida,  
porque soy hijo de un moro  
y una cristiana cautiva;  
siendo yo niño y muchacho  
mi madre me lo decía  
que mentira no dijese,  
que era grande villanía:  
por tanto, pregunta, rey,  
que la verdad te diría.  
—Yo te agradezco, Abenámar,  
aguesa tu cortesía.  
¿Qué castillos son aquéllos?  
¡Altos son y relucían!  
—El Alhambra era, señor,  
y la otra la mezquita,  
los otros los Alixares,  
labrados a maravilla.  
El moro que los labraba  
cien doblas ganaba al día,  
y el día que no los labra,  
otras tantas se perdía.  
El otro es Generalife,  
huerta que par no tenía;  
el otro Torres Bermejas,  
castillo de gran valía.  
Allí habló el rey don Juan,  
bien oiréis lo que decía:  
—Si tú quisieses, Granada,  
contigo me casaría;  
daréte en arras y dote  
a Córdoba y a Sevilla.  
—Casada soy, rey don Juan,  
casada soy, que no viuda;  
el moro que a mí me tiene  
muy grande bien me quería.



Ana I. Martínez

## Relaciona cada palabra con su significado

—¡Abenámar, Abenámar,  
Moro de la morería,  
el día que tú naciste  
grandes señales había!  
Estaba la mar en calma,  
la luna estaba crecida,  
moro que en tal signo nace  
no debe decir mentira.  
Allí respondiera el moro,  
bien oiréis lo que diría:  
—Yo te lo diré, señor,  
aunque me cueste la vida,  
porque soy hijo de un moro  
y una cristiana cautiva;  
siendo yo niño y muchacho  
mi madre me lo decía  
que mentira no dijese,  
que era grande villanía:  
por tanto, pregunta, rey,  
que la verdad te diría.  
—Yo te agradezco, Abenámar,  
aquesa tu cortesía.  
¿Qué castillos son aquéllos?  
¡Altos son y relucían!  
—El Alhambra era, señor,  
y la otra la mezquita,  
los otros los Alixares,  
labrados a maravilla.  
El moro que los labraba  
cien doblas ganaba al día,  
y el día que no los labra,  
otras tantas se perdía.  
El otro es Generalife,  
huerta que par no tenía;  
el otro Torres Bermejas,  
castillo de gran valía.  
Allí habló el rey don Juan,  
bien oiréis lo que decía:  
—Si tú quisieses, Granada,  
contigo me casaría;  
daréte en arras y dote  
a Córdoba y a Sevilla.  
—Casada soy, rey don Juan,  
casada soy, que no viuda;  
el moro que a mí me tiene  
muy grande bien me quería.

Amabilidad, consideración y buena educación

Señal o cantidad que se da como garantía en algunos contratos

Conjunto de bienes o dinero que la mujer aporta al matrimonio.

Condición de una persona ruin o cruel

Antigua moneda castellana de oro usada en la Edad Media.

Edificio destinado al culto islámico

Trabajar un material, generalmente madera, piedra, metales, cuero o materias textiles, para elaborar un producto o para hacer adornos en relieve



—¡Abenámar, Abenámar,  
 Moro de la morería,  
 el día que tú naciste  
 grandes señales había!  
 Estaba la mar en calma,  
 la luna estaba crecida,  
 moro que en tal signo nace  
 no debe decir mentira.  
 Allí respondiera el moro,  
 bien oiréis lo que diría:  
 —Yo te lo diré, señor,  
 aunque me cueste la vida,  
 porque soy hijo de un moro  
 y una cristiana cautiva;  
 siendo yo niño y muchacho  
 mi madre me lo decía  
 que mentira no dijese,  
 que era grande villanía:  
 por tanto, pregunta, rey,  
 que la verdad te diría.  
 —Yo te agradezco, Abenámar,  
 aquesa tu cortesía.  
 ¿Qué castillos son aquéllos?  
 ¡Altos son y relucían!  
 —El Alhambra era, señor,  
 y la otra la mezquita,  
 los otros los Alixares,  
 labrados a maravilla.  
 El moro que los labraba  
 cien doblas ganaba al día,  
 y el día que no los labra,  
 otras tantas se perdía.  
 El otro es Generalife,  
 huerta que par no tenía;  
 el otro Torres Bermejas,  
 castillo de gran valía.  
 Allí habló el rey don Juan,  
 bien oiréis lo que decía:  
 —Si tú quisieses, Granada,  
 contigo me casaría;  
 daréte en arras y dote  
 a Córdoba y a Sevilla.  
 —Casada soy, rey don Juan,  
 casada soy, que no viuda;  
 el moro que a mí me tiene  
 muy grande bien me quería.

## Marca solo si se encuentran las siguientes características de los romances en este texto:

- Tema épico
- Tema lírico-novelesco
- Repeticiones
- Enumeraciones
- Antítesis
- Uso de fórmulas y epítetos épicos
- Llamadas al oyente
- Diálogos
- Sencillez sintáctica
- Brevedad
- Sugerencia emocional.
- Comienzo brusco
- Final truncado
- Narrador objetivo
- Falta de didactismo
- Falta de referencias religiosas
- Abundancia de preguntas y respuestas
- Final trágico
- Uso de símbolos

# Analiza la métrica de este fragmento

Número de sílabas

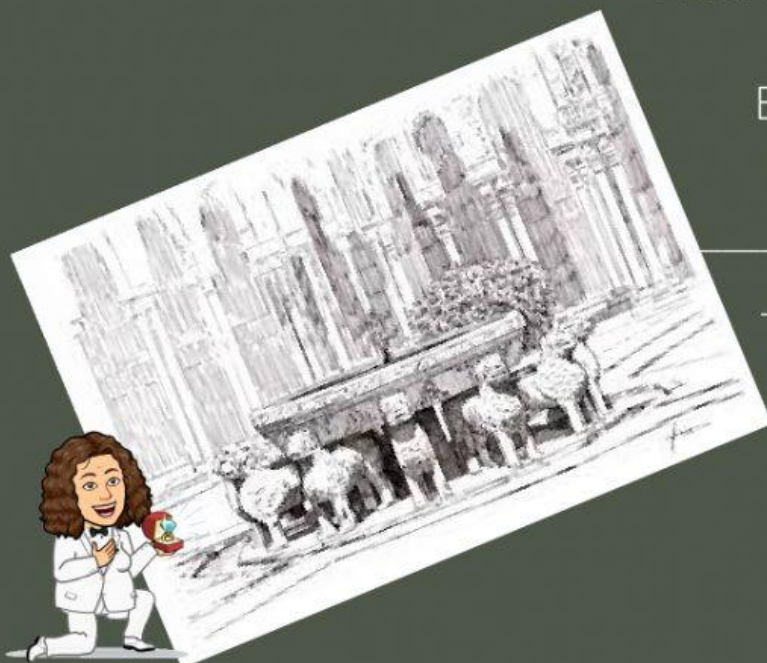
Rima

Verso con sinalefas

Por su acento final ha necesitado reajuste silábico

Allí habló el rey don Juan,  
 bien oiréis lo que decía:  
 —Si tú quisieses, Granada,  
 contigo me casaría;  
 daréte en arras y dote  
 a Córdoba y a Sevilla.  
 —Casada soy, rey don Juan,  
 casada soy, que no viuda;  
 el moro que a mí me tiene  
 muy grande bien me quería.

Esta composición no estrófica recibe el nombre de \_\_\_\_\_.  
 Está formado por una serie indeterminada de versos \_\_\_\_\_. Riman los versos \_\_\_\_\_ en \_\_\_\_\_ dejando \_\_\_\_\_ los versos \_\_\_\_\_.





# Indica el nombre de las figuras retóricas señaladas

—¡Abenámar, Abenámar,  
Moro de la morería,  
el día que tú naciste  
grandes señales había!  
Estaba la mar en calma,  
la luna estaba crecida,  
moro que en tal signo nace  
no debe decir mentira.  
Allí respondiera el moro,  
bien oiréis lo que diría:  
—Yo te lo diré, señor,  
aunque me cueste la vida,  
porque soy hijo de un moro  
y una cristiana cautiva;  
siendo yo niño y muchacho  
mi madre me lo decía  
que mentira no dijese,  
que era grande villanía:  
por tanto, pregunta, rey,  
que la verdad te diría.  
—Yo te agradezco, Abenámar,  
aguesa tu cortesía.  
¿Qué castillos son aquéllos?  
¡Altos son y relucían!  
—El Alhambra era, señor,  
y la otra la mezquita,  
los otros los Alixares,  
labrados a maravilla.  
El moro que los labraba  
cien doblas ganaba al día,  
y el día que no los labra,  
otras tantas se perdía.  
El otro es Generalife,  
huerta que par no tenía;  
el otro Torres Bermejas,  
castillo de gran valía.  
Allí habló el rey don Juan,  
bien oiréis lo que decía:  
—Si tú quisieses, Granada,  
contigo me casaría;  
daréte en arras y dote  
a Córdoba y a Sevilla.  
—Casada soy, rey don Juan,  
casada soy, que no viuda;  
el moro que a mí me tiene  
muy grande bien me quería.

